

ENTRE LIBROS NUESTROS

“EL RAPTO Y OTROS CUENTOS”, POR FRANCISCO ESPINOLA (h.)

En mil novecientos cincuenta los editores de Número recogieron por primera vez en un volumen, cuatro cuentos que Francisco Espinola publicara en diversas revistas. Este gran novelista maragato, es indudablemente entre los escritores vivos de significación, el más famoso e indiscutido de nuestro país; pero, precisamente, lo que a su fama le ha faltado, es una profunda discusión, tributo fundamental al talento de un verdadero artista. En este sentido podríamos decir que la fama de Espinola encierra un injustificado olvido, y que nuestra nota podría comenzar de esta paradójica manera: El siempre famoso y olvidado escritor...

Téngase en cuenta que no pretendemos señalar que la obra de Espinola merezca reparos que no se han hecho, sino que ha carecido de todo comentario profundo afirmativo o negativo. Aunque este no constituye, ni mucho menos, un caso aislado en nuestro medio intelectual, podría tomarse como ejemplo típico de la tibia pereza mental de la prejuiciosa crítica circundante, que sólo se atreve a juzgar lo ya juzgado hasta el cansancio: Henry James, Proust, Eliot, Valery, Faulkner, Sartre y, en fin, todos los nombres ilustres que hoy sirven para rascar la coque del snobismo provinciano, (un escritor amigo y maestro me decía que, lo que un muy notorio y muy asno ensayista denominaba «comerzón poética», no suele ser otra cosa que un síntoma de lombrices).

No faltará quien piense que nosotros estamos viendo la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, pero olvidará que, aunque no con la extensión necesaria, ya nos hemos referido a la obra de Francisco Espinola, y que, en todo caso, nuestra revista adolece de una ausencia, tal vez transitoria, de críticos de oficio.

No es esta la circunstancia propicia, ni yo el hombre indicado para realizar dicho trabajo. Por el momento nos reducimos a los estrechos límites de una simple nota.

Cualquiera de los cuatro cuentos de Espinola puede figurar entre lo mejor de la literatura narrativa americana, y todos son un claro ejemplo de la lengua viva, plástica y poética del escritor uruguayo. Espinola escribe como habla, y habla muy bien; su manera de contar revela una preponderancia del sentido de la vista aún en los momentos en que trabaja dentro de la intimidad de alma de sus personajes. En este sentido, su estilo es antagónico al de Juan José Morosoli, teniendo en cuenta que todo contraste se apoya en una semejanza sustancial. Mientras el cuentista minuano describe dinámicamente, convirtiendo los elementos narrativos en un aire estático y transparente que envuelve los caracteres descriptos, el maragato dibuja las figuras en el curso dinámico de la narración, que de pronto parece descansar en ellas como en un remanso. (Adviértase que el término estático carece aquí del sentido casi peyorativo con que lo han usado algunos filósofos modernos, y del que, como siempre, han abusado algunos profesores).

Entrando en el terreno un tanto resbaladizo de las comparaciones, diríamos que Morosoli es un retratista y Espinola un arquitecto, o, de otro modo, que el primero es hermano de la crónica y el segundo de la fábula. Por eso uno va de lo concreto a lo abstracto, y el otro de lo abstracto a lo concreto, de la voluntad de forma a la cosa informada.

Así es Paco Espinola: una imaginación invadida por formas que se disponen rítmicamente hasta musicalizar la plástica. Y, en este sentido el orden de presentación de los cuentos (El Rapto, Los Cinco, Qué Lástima!, y Rancho en la Noche) señala esta musicalidad creciente.

En «El Rapto», el creador se sumerge absorto en la contemplación de un alma; hasta la prosa tiene allí un aire maravillado, como si fuera un doloroso estancamiento al que se asoman las almas del padre, de la madre y de los niños que rodean el alma moribunda de Margarita. «Rancho en la Noche», el último, es to-

do lo contrario, aquí es el lenguaje, el ritmo vivo de la lengua el que aparece en un primer plano, y las figuras tienden a brotar de la música de las palabras. A pesar de que en «¿Qué lástima!» y en «Rancho en la Noche» encontramos una forma absolutamente original del cuen-

to, yo prefiero «El Rapto» y «Los Cinco». Este último es verdadera poesía; pocas veces ha dado nuestra literatura algo tan dulce, tan vivo, tan sonriente y al mismo tiempo tan profundamente desolado.

G. C.

PERDIDA, por JUANA DE IBARBOUROU

Si confrontamos esta obra, de J. Ibarbourou, con las primeras aparecidas entre el 1918 y el 1922, «Perdida» resulta un libro que no nos muestra, que no puede mostrarnos, aquella gracia vivida de asombro, de instinto puro y sensorial frescura, de sus primeros versos. Otro espíritu menos dúctil impone ahora al poeta una repetida actitud que no siempre se objetiva en los temas, que no los aborda ni se levanta con ellos, sino que los pretexto para expresar un obsesivo sentimiento de pérdida, sentimiento que el propio título del libro anticipa.

Pero si no es cuestionable de ninguna manera, ese espíritu premonitorio que va ordenando a lo largo de la obra una desesperanzada actitud frente al mundo, lo es en cambio su medio expresivo, porque en él la autora olvida frecuentemente a su propia y más conocida poesía.

Sin duda es necesario recordar que ya en «La Rosa de los Vientos», (1930), Juana de Ibarbourou había buscado una innovación de temas y de formas ante el influjo de las nuevas corrientes literarias.

Acaso sea difícil —lo es para nosotros— determinar hasta dónde es posible a un poeta conservar sus medios expresivos, cuando ha cambiado radicalmente en él, el fondo nutrido de su poesía.

Aquella espontaneidad que le permitía a J. Ibarbourou recrearse en las cosas; en la fuente, en un recodo del camino, en el agua cristalina de los arroyos; aquella nobilísima gracia que le permitía ser distinta y la misma en cada uno de sus poemas, se ha trocado ahora en sombría nostalgia.

De aquella su apacible conquista ante la fiebre y furia de Caronte, de aquel

imposible concebir la destrucción cuando brotaba el mundo entre sus manos, hoy sólo tiene el poeta para la vida, un «...vestido cerrado en la garganta

.....
*¿Qué tranquila piedad para las cosas...
.....
Y qué apacible andar de terciopelo
Hacia la gran muralla misteriosa! (Pax).*

Ha pasado tiempo, y el tiempo para un artista puede ser un aliado o un enemigo. «Perdida» documenta la nostalgia de un tiempo que fué aliado y el dramatismo de otro que, agudizando la sensibilidad del poeta, le ha restringido su ángulo visual del mundo, ciñéndolo a la sola experiencia de su desesperanza. Si bien se mira, en sus primeros libros aparece cierto aire de tristeza o, más bien, de fatalismo resignado. Pero, siendo el artista el eco de un mundo que no terminaba en él, sino que en él se prolongaba, esa tristeza adquiría un modo transitorio; tenía la precariedad de un mundo que se renueva constantemente.

Mas, si es notorio que el ámbito en que se mueve esta poesía es otro muy distinto, no cabe duda que en él logra ejercerse vastamente la madura sabiduría poética de Juana de Ibarbourou. Restringido el campo de sus experiencias en la indagación de una especie de desasosiego, por momentos, doloroso, consigue la autora alcanzar una auténtica profundidad en poemas como: «Palabras del Frustrado Suicida a la Muerte», «El Grito», «La Mano» y otros varios. Todo ello hace que pese a ese cambio fundamental que anotáramos, reencontramos nuevamente al poeta, en este libro.

F.